

EL PROFESOR DE FILOSOFIA

1.—*Importancia del profesor de filosofía.* El profesor es un factor esencial en el proceso educativo. Esta afirmación a fuer de ser una verdad fundamental, corre el riesgo de desatenderse por obvia. Como consecuencia, se descuida la formación de los docentes o se es más o menos tolerante en su selección y promoción. Esto, que es cierto en general, resulta especialmente válido en el caso del profesor de filosofía de secundaria. De ningún modo puede él, en efecto, improvisarse, pues es un hecho que la carencia de las cualidades propias del especialista en el magisterio filosófico provoca el más completo fracaso de la enseñanza.

En lo que sigue vamos a tratar de apreciar algunas de las cualidades y virtudes características del profesor de filosofía. Se entiende que nos interesa específicamente el profesor de educación secundaria y que apuntamos hacia las cualidades y virtudes que éste debe poseer cuando enseña filosofía, sin perjuicio, por cierto, de los valores generales propios del maestro. Estos rasgos diferenciales tienen fundamentalmente su origen en los caracteres propios del filosofar como actividad humana a que nos hemos referido en lo anterior.

2.—*La necesidad de filosofar.* La enseñanza de la filosofía supone el ejercicio del filosofar como condición previa, pues sólo éste da sentido al aprendizaje filosófico. No hay genuino profesor de filosofía que no viva la exigencia del pensar filosófico, demanda correlativa de esa vocación pedagógica notoria en todos los grandes pensadores de la historia. Por lo tanto, el profesor de filosofía debe cultivar la reflexión crítica, el rigor, el orden y el sistematismo del pensamiento, la capacidad de penetración e iluminación de la realidad, que son rasgos esenciales del filosofar.

La mayoría de las formas de enseñanza suponen, de un modo u otro, el cultivo del intelecto. La enseñanza científica, en especial, no es posible y fecunda sin una disciplina suficiente del entendimiento. Pero la docencia filosófica reconoce un imperativo irrenunciable de crítica y rigor, de agudeza en el análisis y totalización en la síntesis, de penetración y sentido de los límites. No puede ser de otro modo porque así es esencialmente el filosofar y la enseñanza filosófica es fundamentalmente ejercicio del filosofar y no es nada sin el ejercicio del filosofar.

Lo dicho no debe, sin embargo, llevarnos a confundir el papel del profesor de filosofía con el del creador original. Queremos más bien señalar la comunidad entre ambos y la existencia de una diferencia sólo de grado entre la reflexión creadora

y la docencia. Por cierto que hay quienes de un lado son escuetamente profesores de filosofía y, de otro, quienes, a pesar de ser filósofos, no se dedican o nunca se han dedicado propiamente a la enseñanza. Unos y otros tienen misiones distintas. Pero el profesor de filosofía no puede cumplir adecuadamente la suya si está divorciado de la actividad creadora que es la fuente nutricia del pensador.

3.—*Actitud ante la verdad.* Con lo anterior se hace claro que enseñar filosofía es comprometerse con la verdad. Sólo quien acepta este compromiso puede profesarla. Pero la relación del profesor de filosofía con la verdad —enraizada en la esencia de la verdad filosófica— comporta una actitud y una disposición de ánimo especiales. Es el problematismo y la apertura hacia los más vastos y variados horizontes de conocimiento. Sin estos rasgos, el profesor desvirtuará la enseñanza de la filosofía. Ellos, en muchos casos, bastan para darle autenticidad a la docencia. En efecto, la clase de filosofía puede comenzar y terminar, es decir, puede consistir únicamente en el planteo adecuado de cuestiones, en el acceso a una reflexión franca y conscientemente interrogativa, que no se inhiba ante ningún problema ni refrene el planteo de ninguna interrogación, antes bien que promueva y desenvuelva en múltiples direcciones un cuestionar dirigido a todo objeto y una conciencia crítica capaz de poner en tela de juicio cualquier certeza, cualquier convicción, por más segura e imponente que sea. Se hace claro así que el profesor de filosofía debe tener una actitud ante el conocimiento capaz de hacer prevalecer la idea de la verdad como convergencia de enfoques y puntos de vista dispares y como un resultado nunca acabado de los más variados y múltiples esfuerzos. Puesto que en su reflexión, en tanto que es realmente filosófica, la verdad no es nunca un pensamiento congelado, tampoco su actitud puede reducirse a transmitir verdades acabadas; debe despertar la conciencia de un problema, dar una orientación hacia una respuesta válida, instar a la aceptación del reto de la racionalidad y la prolongación indefinida de la inquisición. Lo cual no quiere decir, como sabemos, que el profesor no deba tener convicciones propias o haya de ocultarlas, sino que éstas, como cualesquiera otras, deben ofrecerse siempre como instancias abiertas.

4.—*Cualidades morales.* A lo anterior se unen, como indispensables cualidades morales, la honestidad intelectual, el respeto a la libertad de pensamiento y la tolerancia de las ideas. No puede concebirse un buen profesor de filosofía que simule convicciones que no tiene, que coacte la elaboración o la expresión del pensamiento de sus alumnos o que se niegue

a admitir otras posibilidades de verdad que las de su enfoque personal, el dogma de una escuela o la fe de un grupo cualquiera. Toda falsificación, todo prejuicio, toda entrega incondicional a una idea o una doctrina son contrarios al espíritu de la enseñanza filosófica, justamente porque repugnan al ejercicio de la filosofía. De allí que el profesor de filosofía sea algo distinto por entero del militante, el feligrés o el propagandista. Su misión no es adoctrinar sino poner la mirada crítica en toda doctrina, establecer esa distancia entre la creencia y el hombre que le permite a éste ganar la más plena libertad de pensar trascendiendo cualquier creencia particular. Por la misma razón no está obligado a repetir una verdad oficial, ni a encomiar o defender los valores del Estado, la nación o la clase gobernante. Su libertad no admite estas restricciones y la dignidad de su conciencia racional no se compadece con el dictado de ninguna norma de conocimiento o acción que hubiere de ser transmitida sin crítica a sus alumnos. Aunque no siempre han tenido el poder necesario para mantener su actitud frente al Estado, que muchas veces los ha considerado peligrosos, y aunque se ven expuestos a todas las constricciones que se ejercen sobre el funcionario, los profesores de filosofía, siguiendo el ejemplo prócer de Sócrates, deben saber preservar en todo instante la independencia de su pensamiento.

5.—*El profesor y el lenguaje.* Conviene resaltar las cualidades que el profesor de filosofía debe poseer en relación con el lenguaje. Sentada la premisa de que todo maestro, sea cual fuere el nivel o la rama en que ejerce la enseñanza, debe poseer cabalmente su lengua materna y preocuparse de que sus alumnos alcancen un dominio suficiente de ella, todavía cabe hablar del tema del lenguaje específicamente en relación con el profesor de filosofía y esto por tres principales razones:

a) Por el cultivo del pensamiento crítico, que es su responsabilidad, no puede lograrse sin un paralelo cultivo y dominio del lenguaje. La concisión, la propiedad, la flexibilidad de la expresión son indispensables para el tratamiento adecuado de los temas filosóficos. Si en este punto hay defecto en el profesor, mal podrá él cumplir la misión de hacer que sus alumnos accedan al nivel de la reflexión crítica, que no se compadece con la ambigüedad, la vaguedad, la rigidez o la oscuridad del lenguaje.

b) Porque desde la antigüedad y muy acusadamente hoy día, el análisis del lenguaje se ha considerado una vía principal de penetración en los problemas del conocimiento, la acción y el mundo, es decir, en los asuntos centrales de la filosofía, lo

cual exige en el profesor una familiaridad básica con el fenómeno y con la ciencia del lenguaje.

c) Porque el lenguaje propio de la filosofía presenta problemas que hay que encarar adecuadamente si se quiere practicar una reflexión filosófica consciente y rica. En efecto, los filósofos usan términos y giros de lenguaje muy peculiares, lo cual oscurece la comprensión de su pensamiento. Por otro lado, emplean también el lenguaje cotidiano, aunque modificando generalmente el sentido de las palabras, y manejan el lenguaje con entera libertad y hasta con desaprensión por ciertas convicciones muy extendidas, de tal manera que los significados y la estructura de los elementos lingüísticos varían de época a época, de escuela a escuela e incluso de filósofo a filósofo. Recordemos, a propósito de lo que estamos señalando, que se ha llegado a decir que muchos de los problemas que encara la filosofía tienen su raíz en el lenguaje filosófico mismo y que un tratamiento apropiado de éste permitiría superarlos y hasta superar a la propia filosofía.

Lo anterior da una buena idea de la necesidad de que los profesores de filosofía cultiven el lenguaje, lo tengan constantemente como tema de indagación y se entrenen en su análisis. Se comprende también, por lo dicho, que el estudio de las lenguas clásicas y modernas contribuyen considerablemente al logro de estas habilidades y virtudes.

6.—*La cultura filosófica.* Aunque parece ocioso el decirlo, hay que insistir en la necesidad de que el docente tenga una cultura filosófica segura y rica, debidamente actualizada y de primera mano. Es preciso rechazar de la manera más enfática, no sólo en filosofía sino en cualquier campo disciplinario, la idea de que puede haber un buen profesor que no esté suficientemente instruido en la materia que va a enseñar. Lo cual debe ser entendido no sólo en el sentido de la necesaria adquisición de determinadas nociones o técnicas repetibles automáticamente, sino de una asimilación cabal de ideas y métodos. Enseñar no es repetir nociones superficial y precipitadamente registradas, sino poner al alcance del alumno el producto elaborado de los conocimientos, experiencias y reflexiones que se han adquirido y dirigir su aprendizaje. Menos aún puede serlo en filosofía pues, como ya lo hemos dicho, ella no es un conjunto de conocimientos acabados y formulados, sino un proceso dialéctico que une las ideas, las cosas y la mente en un constante juego de oposiciones, unificaciones y aperturas del pensamiento. Esta dialéctica es posible únicamente cuando se ha cultivado el propio pensamiento y cuando las informaciones, datos, referen-

cias, lecturas y meditaciones forman la sustancia de una conciencia nueva de las cosas. En filosofía, la verdadera cultura personal es un acto, no un producto —con lo cual volvemos a la exigencia de filosofar que hemos mencionado al principio de esta lección—. Dicho en otros términos: el profesor debe leer a los filósofos, reflexionar sobre su lectura, estudiar sus métodos, adquirir las técnicas del pensamiento tales como se ofrecen en sus obras, para conformar con todo ello una cultura viva, sin la cual no acertará a dirigir verdaderamente el aprendizaje de sus alumnos.

7.—*La cultura general.* Siendo la filosofía una reflexión que en gran parte se ejerce sobre el trabajo de la ciencia y sobre el mundo en la forma como la ciencia lo formula, tampoco podrá enseñársela sin poseer suficiente familiaridad con el trabajo de las ciencias. El profesor de filosofía deberá, pues, estar al tanto del sentido, los progresos y los principios y cuestiones fundamentales de las diversas disciplinas científicas. Lo cual no equivale, por cierto, a decir que debe ser un erudito en determinados campos ni poseer una información enciclopédica sobre el saber científico. Se trata más bien de la posesión de una cultura básica y general capaz de afinar su sensibilidad y mantenerlo al tanto de los problemas que inquietan al hombre de ciencia.

Pero la realidad no se manifiesta sólo en la ciencia. Hay un modo de darse ésta o cuando menos, una repercusión de ésta en el hombre que se expresa en el arte y en la religión, en el saber vulgar y en la acción moldeada por la técnica. La cultura que debe poseer el profesor de filosofía no puede ser ajena a estos campos; ignorarlos significa cercenar todo un vasto sector de la experiencia que cuenta para el hombre y cuya problemática siempre ha interesado a los filósofos.

8.—*La experiencia de la vida.* Pero hay también la experiencia propia de la vida sin la cual la enseñanza filosófica, así como el ejercicio mismo de la filosofía, se reducen a un artificio intelectual. El maestro debe nutrirse de la vida para ser capaz de poner el pensamiento de sus alumnos en la pista de la problemática de la existencia, que es justamente, en el nivel secundario y universitario, la que más atractivo tiene sobre ellos y la que mejor puede ser, por tanto, elaborada en el trabajo escolar. Pero, además, no podemos dejar de señalar que hay una unidad tan estrecha entre el pensamiento y la vida en el quehacer filosófico que obliga a una coherencia total de las convicciones y la conducta. La exigencia de coherencia está circunscrita para un científico o para un profesor de ciencia a

los terrenos que son pertinentes en relación con su saber especializado. En cambio, en la filosofía, precisamente en razón de que no cabe tal circunscripción, la exigencia es total.

La filosofía compromete a la vida y la vida afecta a la filosofía: el filosofar no es una meditación divorciada de la praxis ni menos opuesta a ella. De donde resulta el imperativo de unir vida e ideas en la enseñanza filosófica, imperativo que es un reclamo más vasto y más profundo que las simples normas de la moral común, pues puede incluso ir contra ellas cuando representan un credo dogmático o formas de conducta que sujecen y empobrecen la vida. El maestro de filosofía debe entonces saber respaldar sus ideas con sus actos y nutrir éstos con aquellos, en una simbiosis constante y ascendente. De no hacerlo corre el riesgo de descalificar su pensamiento y de esterilizar su docencia.

9.—*La preocupación por el hombre.* Su pensamiento debe ser una vivencia suscitada por un interés, no un vagar despreocupado o indiferente a través de hechos e ideas. El centro de interés primero y principal es el hombre y su condición, en todos los múltiples aspectos de ella —el conocimiento, la creación, el mundo, la muerte, etc.—, el hombre que es el propio filósofo que reflexiona y el maestro que enseña, el interlocutor del diálogo o el alumno que recibe las lecciones. Se ve claro que, con este centro de interés, se asegura una motivación adecuada para la enseñanza filosófica, que a la postre es conducir al alumno a la toma de conciencia de su ser. Con la enseñanza y gracias a ella el alumno se hace cuestión de sí mismo o, lo que es equivalente, se encuentra a sí mismo puesto en cuestión en cada problema filosófico correctamente planteado.

10.—*El realismo.* El arraigo existencial del pensamiento al que acabamos de referirnos permite advertir que la conciencia de la realidad, el sentido de las circunstancias es también una cualidad del profesor genuino de filosofía y que debe inclusive serle exigida. La amplitud del horizonte crítico y especulativo no es impedimento sino incentivo y base de un aguzado espíritu realista, que busca tras las apariencias y los accidentes la certeza de la existencia. Para el profesor de filosofía la vocación de verdad del filosofar es la primera motivación para tener en cuenta y dar cuenta de la realidad, comenzando por la realidad inmediata de los hombres, de la comunidad y de la época en que él y sus alumnos viven.

Pero, además, no podría cumplir adecuadamente su misión de educar filosóficamente si no tomara pie en la humanidad concreta y en la experiencia vivida de sus alumnos. Puesto

que la enseñanza progresa en este caso hacia la toma de conciencia de sí mismo y hacia el dominio del propio pensar, desde el principio deben establecerse las bases para el cumplimiento de este fin, que son justamente las condiciones y circunstancias de la existencia del alumno. El profesor no puede entonces ignorarlas ni prescindir de ellas so pena de comprometer su misión pedagógica.

11.—*Cinco rasgos importantes.* Conviene resaltar finalmente —reiterando y ampliando lo dicho en todo lo anterior— cinco rasgos que deben ser la levadura de la didáctica empleada por el profesor de filosofía:

a) La capacidad de despertar entusiasmo por los problemas y las ideas, es decir, por la inquisición filosófica, a la vez que la confianza del alumno fundada en la honestidad intelectual y la autoridad racional.

b) La familiaridad con las técnicas y modos del análisis aplicado a la enseñanza.

c) El dominio de la argumentación en la múltiple variedad de sus formas —que van de la demostración estricta a los procedimientos puramente persuasivos—, con la conciencia alerta de sus riesgos y limitaciones.

d) La capacidad de iluminación de los hechos y los datos, indispensable para dar penetración y amplitud universal al pensamiento.

e) La sensibilidad afinada para la situación vital del educando, que permite hacer reflexivamente aprovechable su experiencia y motivar adecuadamente, tomando pie en la existencia del joven, la enseñanza de la materia.

12.—*La formación del docente.* Hay que insistir en la necesidad de cuidar celosamente la formación del profesor de filosofía de secundaria. Es preciso ser muy estrictos en esto pues el profesor de filosofía debe satisfacer exigencias muy imperiosas y difíciles, como hemos advertido. Es de mucha responsabilidad su situación como maestro encargado de una clase o grado de estudios en que, en cierto modo, culmina la educación secundaria. He aquí cuatro principales condiciones que deben tenerse en cuenta:

a) Es preciso que el futuro docente de filosofía siga cursos suficientemente variados y de largo aliento sobre las materias

de su especialidad, que son las que de un modo u otro va a enseñar. No cabe una formación acelerada, en ciclos de estudios cortos. Es un error creer que, puesto que los programas y planes de secundaria no demandan más que cursos elementales, el profesor no tiene que poseer un conocimiento acendrado de los tópicos que ha de tratar y de otros temas básicos y decisivos.

b) Debe recibir una sólida formación general, con elementos de ciencia y arte suficientes para entender el sentido de esas ramas de la cultura y hallarse informado sobre el estado actual del conocimiento humano.

c) Debe seguir cursos metodológicos de carácter general (vg., sobre metodología del estudio y la investigación), y especial (sobre didáctica de la filosofía, teoría de la argumentación, etc.). Esto en coordinación con las exigencias de una cultura pedagógica y psicológica básica, que se entiende debe poseer todo docente.

d) Es necesario asimismo que el profesor posea conocimiento suficiente de cuando menos dos lenguas extranjeras, modernas ambas o una clásica, a fin de estar en condiciones de manejar una bibliografía amplia y actual.

El tipo de formación que implica lo anterior no puede darse sino en la Universidad, entendiendo por este término una institución superior dedicada a las ciencias y las humanidades y no simplemente un centro de adiestramiento técnico profesional.

13. Bibliografía

Blanschard, B. et al., *Philosophy in American Education*. New York, Harpers & Brother, 1945, esp. II y XI.

Echevarría, José, *La enseñanza de la filosofía en la Universidad hispanoamericana*. Washington, Unión Panamericana, 1965.

Garret, Leroy., *Philosophy in High School*.

Hahne, Heinrich, *Probleme des Philosophie Unterrichts*. Stuttgart, Ernst Klett Verlag.

Lancien, J., "Lettre à un Capessien. Elèves et maîtres". En *Revue de l'Enseignement Philosophique*, a. 8, n. 3.

Maciel, Carlos Federico, *Um estudo-pesquisa sobre o ensino secundário de filosofia*. Recife, 1959.

Romero, Francisco, "Sobre el estudio de la filosofía". En *Qué es filosofía*. Buenos Aires Ed. Columba, 1953, cap. XXIV.

—*Sobre la condición y el estudio de la filosofía*. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1959.

Salazar Bondy, Augusto, *En torno a la educación*, segunda parte.

Robinet, A., "Socrate et le professeur". En *Revue de L'Enseignement Philosophique*, t. 2, n. 4.

UNESCO, *The Teaching of Philosophy*.